



# Identidad femenina y VIOLENCIA doméstica

Un acercamiento a su estudio

**E**l análisis de la violencia doméstica, en cualquiera de sus manifestaciones, es bastante recurrente en el mundo actual, no porque su existencia sea reciente, sino porque hoy tenemos mayor conciencia de su alcance. Ha comenzado a descortarse el velo que impidió por mucho tiempo acceder a ese espacio "privado" que genera tan altos costos sociales.

La violencia doméstica es un problema social que afecta a millones de seres humanos en todo el mundo. Es reflejo de relaciones de poder que jerarquizan y colocan lo masculino como eje de toda experiencia en el saber y el quehacer a escala social y se reproduce a escala microsocial en el espacio familiar.

En tanto reflejo de las interrelaciones de poder androcéntricas, sus principales víctimas son mayoritariamente las mujeres y los niños, grupos sociales más vulnerables e indefensos.

Ha sido demostrado que en tanto relación social para el mantenimiento del poder, la violencia doméstica atraviesa con distintos matices, todas las clases sociales, niveles culturales, grupos étnicos y zonas geográficas porque en su base está la construcción social de lo femenino como subordinado y la necesidad de su perpetuación.

La toma de conciencia de nuestro yo que presupone la identidad como proceso constante de renovación y perfeccionamiento supone la incorporación de valores en la práctica social, válida en el ejercicio de hacernos humanos y construir la realidad.

Esa realidad social de predominio de la identidad masculina con sus atributos instru-

mentales de superioridad, fuerza, poder e inteligencia, entre otras, convierte la femineidad en un conjunto de ideales y modelos devaluados en comparación con el otro género. Se nos ha educado en la creencia de que la función social de las mujeres radica esencialmente en generar deseo, ser madres y vivir para los otros.

Sin embargo, en tanto proceso dialéctico, la identidad femenina no puede analizarse esquemáticamente o a través de nociones esenciales dadas como definitivas. Las especificidades de género están condicionadas por múltiples relaciones: clase, raza, etnia, edad, etc., que vinculadas en el contexto social de referencia posibilitan la participación activa del sujeto, asumiendo críticamente valores del medio y desechando lo que en ese proceso de evaluación y autoevaluación no se aviene con su ideal de identidad.

En ese componente dinámico de la construcción de la identidad radica la experiencia de la reconstrucción de un modelo de identidad femenino que redimensione el lugar de las mujeres en la sociedad.

Sin embargo, aunque algunos sectores importantes de mujeres han comenzado a cuestionarse el modelo de identidad femenino de prevalencia social, es largo el trayecto por recorrer para llegar a esa meta constitutiva de una identidad femenina plena y equitativa, aunque diferente de la masculina tradicional.

Al analizar la problemática de la violencia contra la mujer en sus relaciones de pareja cabe reflexionar cómo la violencia doméstica, aunque asume matices diferentes de una sociedad

a otra, se convierte en universal porque aún en nuestros días, el mundo sigue regido androcéntricamente y la posición del género femenino mayoritariamente sigue estando supeditada a la voluntad del otro género.

Las pautas culturales que moldean el ser mujer y la forma en que lo internalizamos no pueden obviarse en el análisis de la victimización femenina.

Cuba no escapa a esa realidad aún cuando nuestro proyecto social contribuye decisivamente a desterrar muchos de los factores que determinan el ejercicio de la violencia contra la mujer; pero revolucionar formas de vida concreta marcada por monopolios masculinos, no puede lograrse en el breve período de 40 años.

Esas razones, y la carencia de estudios de esta problemática en Cuba determinaron que investigáramos las características más sobresalientes de la identidad de mujeres víctimas de violencia en sus relaciones de pareja y de un grupo no victimizado para conocer la existencia o no de peculiaridades o diferencias significativas en su desarrollo.

La imposibilidad de un estudio de esa naturaleza a escala macro-social motivó la realización de estudios de casos en los municipios cabecera de tres provincias del país.

Utilizamos como criterio de selección los resultados de estudios realizados en 1994 en el Departamento de Investigaciones Criminológicas del MINIT sobre violencia contra niños, ancianos y mujeres.

Según este estudio que permitió evaluar la tasa de victimización femenina en ese momen-

to, escogimos la provincia Ciudad de La Habana con la más alta tasa de victimización de la mujer (161.6), la provincia de Camagüey con la 2da. tasa más alta de victimización (120.8) y Ciego de Avila con una de las más bajas del país (11.5).

Cuando nos adentramos en la historia personal de estas mujeres, con independencia de las características comunes que permitan valoraciones generales encontramos episodios dramáticos, únicos e irrepetibles en cada una de ellas, que rechazan la concepción serializada del maltrato doméstico. Esta razón influyó decisivamente en la utilización de la historia de vida como técnica de investigación.

El intento de estudiar las manifestaciones o peculiaridades que asume la violencia doméstica en nuestro medio, a partir del estudio de los aspectos más relevantes de la identidad de mujeres maltratadas, radica esencialmente en la importancia que atribuimos a la forma en que definen y vivencian las mujeres su individualidad, a partir de los valores y normas sociales impuestas y asimiladas.

La elaboración de sus proyectos de vida, la valoración de sí mismas y el lugar que ocupan en las relaciones con su entorno (pareja, familia y sociedad), son aspectos esenciales para entender el comportamiento de la mujeres y para poder evaluar el rol que juegan los valores culturales socialmente aprendidos en su desempeño genérico.

Intentamos lograr un acercamiento a los moldes culturales que refuerzan la supervivencia de relaciones abusivas contra la mujer, para contribuir en lo posible a su análisis en nuestro medio y a hacer visible un problema social de esta naturaleza.

La localización de las mujeres para nuestra investigación provino de dos fuentes fundamentales: una parte localizadas a través de terceras personas y, la otra, a través de los expedientes de denuncias en los tribunales de los municipios de referencia.

Consideramos oportuno incluir en el estudio un grupo de mujeres no receptoras de violencia física en sus relaciones de pareja, con similares características socio-demográficas, con el objetivo de evaluar sus historias personales y establecer, de existir, las diferencias y semejanzas en la conformación y desarrollo de su identidad genérica.

Al reconstruir y analizar las historias de vida de todas las mujeres incluidas en nuestro estudio comprobamos, cuán condicionada se en-

cuentra la percepción del yo y del nosotros a los "sin sentido" de los estereotipos que sobre la femineidad sostenemos en nuestra subjetividad, cómo funcionan en el inconsciente colectivo las tradiciones culturales que configuran el modelo femenino basado en la subordinación y desvalorización.

Resulta significativo que las mujeres de ambos grupos, en la conformación de su identidad, poseen muchas semejanzas, determinadas en lo esencial por la existencia de un conjunto de rasgos que definen el ser mujer a partir de esas pautas tradicionales estereotipadas.

Las historias personales de estas mujeres - tanto las víctimas de violencia física como las no maltratadas - nos permitió constatar que la socialización estuvo, desde la primera infancia, matizada por relaciones patriarcales en sus familias de origen, determinando en gran medida una interiorización inconsciente de los valores que las sustentan, aún cuando están mediados por otras influencias sociales que contravienen el orden secular.

El proyecto social ha propiciado modificaciones sustanciales en torno al lugar y el papel de la mujer en la sociedad, redundando, de hecho, en un protagonismo social femenino sin precedentes, pero sin lograr hasta hoy la reestructuración radical de los rasgos patriarcales presentes en la identidad nacional y en los agentes socializadores más importantes.

Estas razones explican que, en todos los casos, las mujeres estudiadas provienen de hogares donde la jerarquía de roles y la autoridad familiar confiere al padre la supremacía en la toma de decisiones y la dirección de la vida hogareña. El padre o padrastro, en tanto jefe, tiene un comportamiento autoritario y las madres desempeñan una posición subalterna.

Como parte de esas dinámicas familiares que estereotipan los roles genéricos en la familia y limitan las posibilidades de interacción, la comunicación padres-hijos es muy escasa y dicotomizada al igual que la educación sexual. En ambos grupos existe carencia casi absoluta de referentes educativos paternos y/o maternos en materia de sexualidad. En las minoritarias referencias al tema, se lastraron con tabúes y mitos que enseñan a amar a muchachas y varones de distinta forma, legitimizando valores sexuales diferentes para ambos géneros que devalúan las potencialidades femeninas y contribuyen a acenar los sentimientos y la sensibilidad masculina, en detrimento de una sexualidad plena, sana y responsable.

Estas referencias explican que en la construcción de sus modelos identitarios todas estas mujeres tienen la maternidad forma como suprema de realización. El ser mujer, para todas, resume los modelos estereotipados tradicionalmente, aceptados a escala social en torno a la femineidad, vinculada a la delicadeza, la sensibilidad, la intuición, la simpatía y el altruismo entre otros. Su ideal de masculinidad está vinculado a la racionalidad, el control, la competitividad, la virilidad, pero reclamando de ellos cooperación, comprensión, ternura y respeto.

Estos paradigmas se corresponden con la construcción de la identidad a partir de la internalización de los valores, representaciones, actitudes y comportamientos que generan los agentes socializadores y determinan los presupuestos para la definición del yo, del autoreconocimiento, a partir de un reconocimiento y aceptación de las coordenadas sociales que nos ubican en un medio cultural determinado.

Las diferencias fundamentales encontradas se refieren esencialmente a las consecuencias circunstanciales de vivir antecedentes de violencia física en la mayoría de las familias de origen y en las de los compañeros sexuales de las mujeres maltratadas.

Esta constatación muestra que la violencia como conducta aprendida afecta no sólo a los que la padecen directamente, sino, además, compromete la personalidad de las generaciones, con baja autoestima y proclives a ser víctimas o desarrollar rasgos de personalidad violenta, pueden madurar tardíamente y presentar dificultades para relacionarse. Muchas de estas consecuencias ya están presentes en los hijos de los sujetos estudiados. Muchas de estas mujeres maltratadas o sus compañeros vivieron su infancia con medios traumáticos, al ser sus madres, o incluso ellas mismas, víctimas de agresión, matizados por la inseguridad y carentes, en reiteradas ocasiones, de muestras afectivas esenciales en esa etapa de la vida.

Es significativo que, tal vez como resultado de vivir en ese medio, en las mujeres maltratadas de nuestro estudio hay más propensión a los matrimonios y uniones consensuales tempranas, así como a la maternidad adolescente.

Un elemento que modela las relaciones intergeneracionales en ambos grupos, es la recepción sistemática y no internalizada como tal, de violencia sutil o psicológica, que constituye muchas veces, la antesala de la agresión física. La descalificación, la humillación verbal en presencia de terceras personas, las restricciones